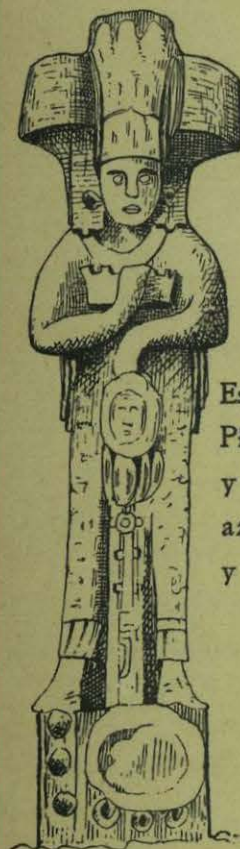


Veinte hombres vinieron con nosotros desde por la mañana, y con machetes, guadañas y sobrada fatiga de muy árdua labor, han estado *trozando* por dos horas para descubrir algo los pobres monumentos que se asfixian y deshacen en polvo entre la lujuriosa maleza de la selva.

¡Oh, qué lastima grande—pudiera ser delito—si esta desolación no logra merecer una mirada benévola, amorosa, de quien puede un remedio poner á esta tristeza!...

Señor: la súplica empeñosa, el respetuoso aviso, van hacia vos en nombre de aquel viejo soldado de la antigua Aventura, que al venir con nosotros en este año de la Magna Fiesta, os ruega redimais—como supremo custodio de estas piedras que consagró y bendijo la mano de la Historia—que redimais, señor, de su total ruina, á estos tres *Cues* de la envuelta en perfumes y en olvido vetusta Cempoala...



Es de átomos de oro la llanura.
Pica el sol. Arde y resplandece el monte,
y la sierra es carmín, verde la hondura,
azul de lapizlázuli la altura
y gris de madreperla el horizonté.

Luis G. Urbina.

Cap. X

CAPÍTULO DÉCIMO

COMO CON GRANDE CALOR Y MUCHAS FATIGAS,
FUIMOS POR EL VALLE DE ACTOPAN
HASTA SUBIR Á LA CIUDAD DE XALAPA, É LO QUE ALLÍ
NOS AVINO



H, y qué jornadas de dura prueba fueron las jornadas con cuya crónica se pone fin á esta parte del libro! . . .

Bajo un sol de misericordia, salimos del Agostadero á la hora "deliciosa" de las once de la mañana, amablemente acompañados por los amigos de aquel lugar y por los que vinieron con nosotros desde San Carlos.

En el límite de los municipios de San Carlos y Actopan nos despedimos de los unos y los otros. Y en aquella despedida, hubo una nota que el cronista quiere consignar en estas páginas, aun á riesgo de ganarse el dictado de pueril y "niño" y fácil á la emoción por cualquier cosa—de esas *cosas* que los tiempos "eminentemente prácticos" y la época de "sano positivis-

mo" que alcanzamos estiman de escaso sino nulo valor, ya que tales sensiblerías líricas no resuelven ningún problema que haya relación con el magno problema de llenar el bolsillo y ahitar la panza, ni se cotizan en Bolsa, ni sirven para maldito qué, fuera de enternecer á los ya desacreditados románticos soñadores que, ¡pobres infelices!, entre romanticismos y ensueños é ilusiones suelen morir de hambre en un rincón.

Va aquí el *apunte*:



La mayor parte, ya que no todos, de aquellos hombres, eran gentes del campo, sin letras, sin cultura; hombres que no saben historia, ni entienden de finuras sociales, ni conocen el uso de ciertas exquisiteces en el trato, ni saben de ese vistoso tejido de formas, conveniencias, "medios tonos", cumplidos, lindas frases, sonrisas según reglas y catálogo y demás gestos, posturas y ademanes de la regocijada y pintoresca pantomima social que suele hacer amable la vida colectiva.

Su historia y su política se nutren, se vinculan, se documentan, y expresan en la vida del rancho, entre los atributos de la ruda labor, en las faenas de la sembrera, en las promesas que hay en cada panocha del dorado maizal, en la abundancia ó escasez de los pastos, en el tremendo enigma de si las aguas serán ó no propicias y oportunas, en la amenaza de la *seca* pro-

longándose á veces sin tomar en cuenta la ansiosa espera, los cálculos y el interés del campesino, y en la cría de la vacada, los novillos, las potrancas y el hato de corderos ó de chivos.

Si algo oyeron decir de un tal Hernán Cortés, supieron de un aventurero que cometió cuantas maldades son imputables al hombre más perverso... De España, tal vez habrán oído decir que existe una nación así llamada, que fuera poderosa en épocas remotas cuando sobre otros pueblos tenía puesto el pie de su insaciable codicia de oro y sangre, y que es hoy un solar mitad coso taurino y mitad cementerio... Y de los españoles, saben por vagas referencias que en tiempos ya pasados eran encomenderos, gobernantes ineptos, esbirros prepotentes, frailes glotones é inquisidores con vistoso uniforme y espadín toledano ó con negra sotana y un rosario en el cinto; y en la época nuestra son los *gachupines*, de hablar recio y mirada autoritaria, de los cuales son „casos“ típicos el zafio *abarrotero* que juega de dedillo en la balanza y el rapaz *empeñero* cuyo solo nombre produce escalofríos...

(Digamos por paréntesis que son pocos, *allá y aquí*, en las clases humildes, iletradas, los que saben algo más acerca de estas cosas; que son muy pocos, entre *propios y extraños*, de la mentalidad y condición de estos—no todos, sí los más—buenos amigos que nos acompañan, quienes tengan otra idea más justa y más

benévola de España, de su historia y de sus hijos).

Item mas: este grupo de amigos—casi todos—se compone de hombres que en sus facciones llevan el indeleble sello de su abolengo étnico. La mayor parte de ellos representa á la raza indígena, y su *tipo* denota claramente estar muy próximo á la completa pureza de la sangre...

Otro dato: saben de nuestros nombres y de nuestro viaje, que somos dos fulanos que escriben libros—no conocen sus títulos—y escriben en periódicos—nunca nos han leído. Somos para ellos dos conocidos de la víspera, que han venido „á tomar estos soles de la costa“ para ir á comer ostras á la Mancha é ir á ver „los castillos“: como los *gringos* (norteamericanos) y algún „señor“ de Méjico, que muy de tarde en tarde—por la semana santa—cada seis ú ocho años, suelen llegar al bosque de Cempoala con un libro en la bolsa y un *Kodak* en la mano... Saben, sin detalles precisos, que de reciente hemos navegado en un buque de guerra; que el Presidente nos dió una escolta de soldados y que el Gobernador avisó al Comisario, al Jefe ó al Alcalde la llegada de dos fulanos tales (somos nosotros) á quienes era bueno atender y servir...

Tal vez por todo ello, hay quien supone que somos militares, ó ingenieros de algún ferrocarril, buscadores de minas, ó peritos agrónomos, empleados del fisco, ó compradores de terrenos, almacenistas de

maderas, ó inspectores de bosques, constructores de pozos artesianos, ó—piensan los que más se aproximan á la verdad del caso—un par de locos, más ó menos pacíficos, cuya chifladura consiste en viajar á la busca de una insolación, de unas fiebres palúdicas ó de una *reventada* por estos arenales. . .

Como se ve por este cuadro documentado de los antecedentes, por este „prólogo“ (¡ojalá los lectores no lo encuentren *latoso!*) la modalidad psíquica de los protagonistas del *apunte* y lo que ellos saben acerca de nosotros y del propósito y fin que inspiran esta „Ruta“, bien poco pesaría en su criterio si alguien pretendiera de estos buenos amigos la casi gollería de que expresasen su opinión acerca de nuestra correría por su tierra.

Y, sin embargo—llegamos ya, por fin, á la anunciada nota:

♦♦♦

Nos hemos estrechado ya las manos una vez, veinte veces.

Cambiados los saludos, cumplidos y ofrecimientos de rigor en estos casos, la comitiva de los viajeros que vamos rumbo á Actopan y la comitiva de los que regresan al Agostadero, se han separado bastante en sus opuestas respectivas direcciones.

Y cuando—á los dos extremos del tramo recto de la carretera—los dos ya distantes grupos volvemos

ancas un punto para agitar de nuevo al aire los sombreros, de la cabalgata de aquellas buenas gentes se destaca, avanzando hacia nosotros á galope tendido, uno de los ginetes.

Es cosa de un instante:

Detiéndose el caballo—en seco, como suele decirse—al promedio del polvoso camino que sirve de pista y de escenario á tan raro espectáculo.

Distinguimos perfecta y claramente quién sea el carrerista:

Es, entre los *rancheros* de aquel grupo de amigos, el que menos ha hablado con nosotros; el que mostróse menos expansivo. Es, el indio „más indio“ de toda la partida. . .

Y entre las voces del uno y otro bando: „¡adiós!“, „¡feliz viaje!“, „¡hasta la vista!“, „¡gracias por todo!“, „¡buena salud y suerte!“, „¡adiós, amigos!“, truena estentóreo el grito de aquel hombre, de aquel *ranchero* inculto, de aquel *indio* arrogante, que, rígido sobre los enormes estribos de su silla *vaquera*, agitando el descomunal jarano que adorna ancho bordado de ramajes dorados, se encara con los otros, y á guisa de invitación y mandato les dice:

—¡Mejicanos!...—y, de frente á nosotros, pone fin á la frase:

—¡Viva España!...

.....

No es pueril, no es ridículo, no es cursi, no son sensiblerías infantiles de soñador romántico:

Mucho é intensamente—sin desplantes ni gritos ni alharacas—mucho se ama á la patria cuando por largos años se vive ausente de ella, y muy consoladoras, muy gratas y armoniosas, suenan en los oídos y repercuten en lo más hondo del sér las frases de respeto y de cariño que oís á la intención de vuestra tierra.

De estos goces, algo sabemos los perpétuos errantes...

Pero, nunca—¡por nuestro honor se afirma!—jamás antes de ahora fué tan intensa la chispa de emoción que brotó en nuestras almas, y se hizo corriente eléctrica en la espina dorsal, en los nervios, en arterias y venas, y subió en un sollozo á la garganta, y se hizo en los labios temblor, y fué en los ojos lágrima de inefable dulzura... Nunca sentimos la patria, *toda la patria*, dentro de nosotros, como en aquel solemne, indescriptible instante, cuando, dos vítores por Méjico y España se cruzaron, frenéticos, con la rotundidad de esos gritos que salen de lo hondo—más sinceros cuanto más espontáneos, casi inconscientes: eco de esa voz interior que no ha menester galanas frases que la vistan, adornos de oropel que la disfracen—y que allí, cambiados esos vítores entre un grupo de (¡muy posiblemente!) parientes próximos de los cem-poaltecas que fueron subyugados con otros pueblos

cien por el poder hispano y dos biznietos del inmenso Don Hernando Cortés, nos dieron—tales vítores—energías mayores, fuerzas nuevas, para esta pobre pero muy entusiasta y muy leal cruzada que nos hemos impuesto como la principal y más grata finalidad de nuestra vida y de nuestros empeños:

¡TODO, Á TODA HORA Y EN TODOS LOS MOMENTOS, TODO POR LA PATRIA Y LA RAZA!...



La tarde es bochornosa.

Nuestro acompañamiento ha quedado reducido al simpático don Cruz Acosta, un gendarme y el mozo que se cuida de la mula de equipaje.

¡Tipo interesantísimo el del viejo jarocho! Por cierto que, si él llega á saber alguna vez que "en papeles escritos" hemos osado llamarle *viejo*, habrá de tomárnoslo á mal—reconocemos que con razón sobrada, si no hay quien le insinúe la acepción cariñosa de ese adjetivo—pues ya quisieran muchos que alardean de jóvenes, tener el espíritu, la fibra y los arrestos de energía que son característicos en este curiosísimo ejemplar de rancho costeño.

Expansivo y decidor, leal, de charla pintoresca, camarada insustituible en una caminata de esta índole, insensible al propio cansancio para pensar tan sólo en

la fatiga de sus acompañados, por los cuales se dejaría matar, á buen seguro, y es capaz de cualquier cosa con tal de poder evitarles la menor molestia. (¡Como que son recomendados y amigos del «Señor General»—más que Dios para él—y se los confió el Gobernador del Estado, al cual «los ha de devolver sanos y enteros»).

Y el buen hombre, miente por caridad quitando en sus informes algunas horas y unas cuantas leguas á la distancia; inventa ríos próximos donde mitigaremos la sed que nos devora; procura distraernos de la obsesión del cansancio y de cuántas serán las leguas que faltan hasta Actopan, contándonos sus cuentos é historietas: cuentos é historias que han por protagonistas á todos los labriegos de la comarca y abrazan un período de tres cuartos de siglo en la no escrita crónica de la vida rural de aquellas rancharías. . .

Y hasta nos sugestionan que la tarde está fresca, . . . cuando el sol y la tierra, el cielo, las piedras y arenales, el aire y los yerbajos de la inculta llanada, todo es fuego hecho polvo, hecho gas, hecho viento, en la hornera de aquel valle infernal, donde los guijarros de seculares lavas diríais que acaban de ser vomitados del antro plutoniano; donde sólo verdean los dyospirus gigantes, erizados de púas, que semejan manos de monstruos que surgen de la tierra indicando amenazas; donde los pelados arbustos de tupido ramaje en

dombos esqueléticos, sin hojas y sin vida, fingen de lejos enormes calaveras de esfinges descarnadas; y donde los pocos árboles muertos que interrumpen la gris desolación de los prados quemados, levantan sus troncos retorcidos y blancos, la fosil osamenta de sus ramas, que diríais denotan el espasmo de músculos y miembros torturados, que, de repente, dejaron de moverse y de expresar con gestos su ingente padecer, quedando en actitudes fantásticas de súplica ó blasfemia dirigida á lo alto. . .

♦♦♦

Con la proximidad de la noche, cambia el paisaje que, casi bruscamente, se torna delicioso.

Corre el camino bajo aromosos túneles de verdor, cruzando arroyos de márgenes alfombradas de esmeraldino césped, y faldeando cerros, desde cuya tupida maleza nos saludan: con oleadas de perfumes, las plantas, y con chillidos—mejor que cantos ó gorgoros ó trinos—los pájaros que, invisibles, se aprestan al reposo en las alcobas de aquel inexplorado palacio de palmeras enanas, floripondios, sarmentosas y cactus.

♦♦♦

Pernoctamos en Actopan, de donde, el recuerdo más grato que tenemos, se refiere al cansancio de la jornada, molesta en demasía, pero cosa de nada—un paseo *post prandium*—comparada con la etapa en programa para el día siguiente.

Por cierto que á uno de los cuentos y chascarrillos del amigo don Cruz, debió uno de nosotros—el más estropeado por la fatiga—el haber pasado aquella noche sobre las mullidas tablas de una mesa.

Acabábamos de acostarnos cuando entró don Cruz en el cuarto, y acompañando el discurso con mímica agorera, dijo al doliente:

—En esa mesma cama jué onde m'acuesté yo una vez que vine á Atopan... Durmiendo, dormido que ni lo sentí, se m'entró por este oydo adrento una cucaracha así d'este tamaño... D'esto estoy sordo, pos naide endivinó lo que tenía, jasta que dos años después me vido un güen dotor de México, y jurgando jurgando con un jierro lo menos d'este largo, va y me saca de l'oydo la cucaracha, qu'estaba toa seca...

Se comprenderá, sin excesivo esfuerzo, que el ocupante de la cama aquella, de un salto que, ¡ni *el salto de Alvarado!*, fuese á reposar su fatiga sobre la única mesa del comedor de la posada...

♦♦♦♦

A las seis de la mañana salíamos del pueblo.

La invisible autoridad municipal nos envió, de re-puesto, dos rurales de escolta y los caballejos peores que se pudieron encontrar en el Valle.

En Otates nos detuvimos sólo lo preciso para comer y mudar de bestias.

No decimos nada del calor africano, del camino



horroroso, de las cuestas de infierno, de las llanadas sin un árbol...

Resumen de la etapa:

Por la Tinaja, el Terrero, Dos Caminos y el Castillo, llegamos á las primeras casas de Jalapa, á las tres y minutos de la tarde. Distancia recorrida, poco menos que de un tirón, muy cerca de cincuenta kilómetros. Y como todas las fatigas y todos los empeños sostenidos tienen segura compensación, nunca inferior á la cuantía de la fuerza empleada, allí, en pleno campo—de aquel campo magnífico que circunda á la ciudad gentil que es *el jardín de Méjico*, no sólo por sus flores que la hacen famosa, sino aun más por sus lindas mujeres: gardenias y jazmines que alientan y sonríen y acarician mirando—allí, en medio del camino, encontramos nosotros—más grande, inmensamente superior á todo merecimiento, si en esta empresa algún mérito hubiera—excesiva, abrumadora compensación al cansancio no ya de esta jornada, sino aunque hubieran sido veinte jornadas de fatiga aun mayor...



Quinientos estudiantes de Jalapa, nos han envuelto en impensado asalto de entusiasmos y afectos...

Y nos han arrollado, textualmente estrujado, en la marea loca de blancos uniformes y uniformes azules

que se empujan, se confunden y apiñan... Y mil brazos en alto que trazan en el aire rúbricas y lazadas de ideales abrazos... Y el revuelo de trémolo—como batir de alas—de quinientos sombreros y kepis y gorras, formando en su conjunto una enorme bandera de cariño, que ondea al viento de esta inefable tempestad de vítores lanzados por quinientas gargantas concurriendo á formar una voz, un solo ensordecedor grito...

Como es verdad que las grandes emociones aplanan, trastornan por completo el funcional sistema en su ordinaria manera de expresarse produciendo fuerza de ideación y fuerza de hechos, no acertamos ni siquiera á narrar aquella escena jamás soñada, aquel recibimiento impensado, estupendo... Y, con mayor razón, nos faltan las palabras para dejar aquí en esta página consignados el hecho en su importancia, la significación que vimos en el mismo, y la gran gratitud, la inmensa deuda de cariño, de fraternal afecto—¡deuda que nunca ni con nada pagar podremos!—contraída aquella tarde con el simpático gremio estudiantil de Jalapa.

Además, la modestia,... las conveniencias y las buenas formas,... —pues que se trata de referirnos á honores y agasajos que á nosotros se hicieron—ello detiene nuestra pluma...

Hay que ser muy prudentes tratándose de que fuimos protagonistas del ruidoso festejo... De modo

que, á lo sumo, sólo cabría transcribir aquí lo que otros dijeron del suceso... Transcribir la crónica, los comentarios, los elogios que publicó la prensa...

¡Basta, basta de pueriles escrúpulos!, ¡Basta ya de rendir homenaje á esas mil cobardías con que se teje la enorme cobardía de una vida social do todo se disfraza de convencionalismos y gestos adamados é insinceras reservas y formulismos vanos y estériles rutinas! ¡Basta de hipocresías so color de humildad y de modestia!...

Lo que se haya de decir del triunfo hermoso de nuestra entrada en Jalapa, lo diremos nosotros.

♦♦♦

Y nosotros decimos que aquel recibimiento de aquellos centenares de estudiantes saliendo á nuestro encuentro fuera de la ciudad, y con ellos un grupo numeroso de amigos y curiosos: la colonia española, profesores, abogados, comerciantes, obreros, una banda de música... Decimos, que aquella ovación continuada durante el trayecto hasta la población, aquellos vítores, aplausos y *dianas*... Decimos, que la tarea fraternal de un amigo del alma, Miguel Hernández Jáuregui—un nuestro hermano en ideas, en arte, en sentimiento—iniciador de aquel ruidoso homenaje... Decimos, que la espontánea cooperación del Gobernador del Estado y de los españoles residentes allí... Decimos, que el banquete y los brindis de los repre-

sentantes del Colegio Preparatorio, de la Escuela de Leyes y la Escuela Normal; los agasajos del señor Vice-cónsul, y la soberbia fiesta hispano-mejicana que dió el señor Salmones — el *jefe*, como quien dice, de la Colonia Española de Jalapa... Decimos, pues, nosotros, que todo aquello estuvo bien y en su lugar estuvo. Que quienes recogieron y encauzaron los entusiasmos juveniles por manera que hicieran explosión magnífica vitoreando incansables á nuestra santa España — determinando así que otros respetos, gratitudes y afectos cristalizasen en también entusiastas vivas á Méjico — quienes á tal objeto dirigieron la mira de su prestigio, de su influencia y buena voluntad, cumplieron como buenos; hicieron labor sana y de provecho; ¡con su deber cumplieron!...

....

Podemos así hablar, pues hay razones que plenamente abonan el desenfado con que nos expresamos en anteriores líneas:

Aquellas músicas, los aplausos y vivas, abrazos y saludos de aquella entusiasta acogida, fueron un ramillete de perfumadas flores del espíritu, fueron aromas de un incensario quemando mirras de afecto fraterno ante el ara sagrada de dos patrias gloriosas.

Y de aquel ramillete, nuestras manos — ¡hubieran sido veinte veces sacrílegas! — no arrancaron ni un pétalo para con él adornarnos la veste del viaje...

Y de aquellos perfumes, sólo quedó en nuestras personas una ténue bienhechora caricia del aura embalsamada, cuyos efluvios de juventud y vida, de amor y de entusiasmo, orearon nuestros pobres espíritus cansados, nuestros cuerpos rendidos de fatiga, nuestras ropas empapadas en sudor y polvo, y nuestros rostros quemados por el sol...

¡El homenaje, por entero, voló más alto!

Nosotros fuimos, simplemente un *pretexto*, la *ocasión*, el *motivo*...

Nuestras personas nada tomaron para sí de aquel presente de amor y de entusiasmo.

Las flores del aplauso y de cariño tanto, el incienso de aquellos pebeteros — los corazones de la juventud estudiosa y obrera de Jalapa — todo ello, en voladora espiral de aromas y matices, ascendió á la radiosa cumbre do esplende el trono de oro de dos pueblos hermanos mirando al porvenir de sus glorias en la Paz, en la Unión y en el Progreso...

A bordo del trasatlántico *Alfonso XIII*, á la vista de Santander, 31 de Mayo de 1910.



 TERCERA PARTE 



DONDE SE DIZE

DESTE VIAGE HASTA LA GRAN CIVDAD

DE

TENOCHTITLÁN

